

Urphantasie

Mariana Brebbia

Urphantasie

Éditions du cochon
Rosario, 2009

Tal vez deba explicarte largamente lo que yo pienso de las *Urphantasies*.

No creo que se trate de lo que se va transmitiendo filogenéticamente, es lo que pesca niño a niño, en el rostro vacilante, en los gestos, en las palabras, donde todavía titila lo que no fue.

En algún momento pensé que lo que no fue, podía ser tomado como quien toma la posta, para realizarlo.

Hoy, pensando en tu libro, me di cuenta de que no es así. Que lo que se toma, lo que se transmite es lo que no fue, lo que dejó de ser. Y eso, ese informe de los primerísimos tiempos, no parece ajeno a las ur-fantasías primigenias que me transmites en tu libro.

Fernando Ulloa
Octubre 2007

Escribo poco porque sólo escribo para ti

De Freud a Fliess

Dos mujeres caminan cerca del río. Una, lleva el vestido de la gran coronación. La otra, la falda verde y negra, la falda de la boda. Cantan, las mujeres cantan y un árbol cae. No saben que hay un tiempo fuera.

Los niños parlotean los secretos del arroz. Reunidas, en sus casas mínimas, las mujeres fabrican instrumentos con grandes cañas, montan mástiles sonoros con el cuello del animal.

Mendung adora la tierra y la luz y la música de la corriente del río. Cuando ella recuerda a sus hijos (perdidos en la montaña) un tono diferente se alza en su garganta. Un tono novísimo como el animal nacido hoy.

El lobo inmóvil, habla y dice: *que me devore algo desesperado.*

Los niños vuelven cada tarde al espacio de los colibríes. Bautizan con nombres franceses a las fieras, las bautizan con colores, adelantándose al amor. Lanzan frutas a la nieve y llaman a eso “calor”. Algo aquí -por primera vez- no debe ser atenuado.

Suabia

Entra un ave (el canto de los altos lugares). Un pacto que funda la embriaguez. El cordero música con su cosa de pan, en su casa de pan. En esa casa por la siesta y la mañana pasan cosas: los ladrones y sus niños. Esa casa que vive en la tarde de los nardos y la luz.

En las habitaciones perdura el olor del bosque, la magnolia, y su medio hermana la fruta.

Entre la maleza y las aves doradas algo claro se opone, la cima del antiguo sitio, del rosado sitio.

Un gallo negro orientado por la sal.

Sube la marea de amapolas.

Siesta

Ese todo apoyado en la melancolía.

*De éste lobo que corre, eres la velocidad
que lo salva del hombre...*

El lobo mata a la mujer.

Antes, en su preciosa vida, él tomaba alimentos delgados, breves vísceras de algo pequeño. Ahora, no puede decirnos nada, nada de él y su temor. Sólo puede dejarnos un perfume de lo que fueron sus animales vivos.

Piensa.

El lobo está pensando.

En la calle,
aturdido,
imagina cosas.

Recuerda a su amada, juntos, en el monte de espinos, envueltos en una maraña de cardos.

Se escapa,
se pierde en el río.

Corre.

Y de su boca, cae el agua clara.

Porque hay mujeres que son las esposas de hombres que trabajan en las usinas. Porque sus hijos les acercan comida, es mediodía.

Los barcos alarmados sobre la sombra de los caimanes.
Los naufragios con su ropa destrozada devuelta por el
mar.

El aro de la bruma alumbra el terror de los ahogados. Un
retorno mineral a la rara vida.

De lo que veo, sólo distingo las cosas azules.

- Escúchame. Y te hablo porque eres lo dorado del rojo
y lo rojo del dorado: he perseguido toda mi vida, cosas
que hablan del mar y la noche. Escucha, la lejanía puede
oírse, la lejanía dice cosas: la seda luminosa del almendro,
el océano, los animales transparentes y su frágil claridad.

Cae la noche, la noche boreal. Todo sucede muy lentamente con ésta luz lunar.

- ¡Padre! ¡La noche es negra y los colores desaparecen!
¡No puedo verte!

Cuando la aurora boreal nos despierte seremos allí,
consonantes.

A Stephen Mattron

Faroles chinos para los muñecos del mago de la luz. Amordazas amorosamente a tus muñecas amantes y las haces decir cosas. El rojo, el violeta, el amarillo (feroz en las ferias), tus fieras de cartón dorado, tus pequeñas libélulas de vida. Cuando danzan tus hombres azules algo ridículo muere. Cuando sales del teatro, las manos de tu mujer en tus manos, la coherencia de tu vida.

No vivo sola. Vivo con un hombre que se ha criado en un bosque. Cuando habla, una fiera infantil se enrosca en su cuello y dice palabras extranjeras (lentas y precisas) un brevelenguaje tan sonoro como la esferita que cae en el mar. Vivo con él porque sus brazos son fuertes continuaciones del almendro. Porque ha luchado, y ha vuelto gentil de las guerras. Tiene la marca de un dragón cerca de la carne y también tiene su olor. Un aroma de frutas y calor de noche cerrada y alcohol. Vivimos con animales -pájaras y panteras- (son pequeñas amistades que conserva) como cartas de la montaña, como los columpios y el opio.

Humedeces la seda de tu ropa amplísima y verde. Por tu nueva mujer.

A Emiliano Bustos

Poco antes de la tarde cerca de tus brazos, un pequeño grupo de insectos deja de moverse.

A René Brebbia

Qué es mi padre hoy sino algo vegetal? No detengo en él lo que le avanza -un fino sendero de insectos-. Su cuerpo hoy, es de un color novísimo. Atrás quedan el rojo y el naranja. Y sus colores nuevos son el lila y el verde limón. El viento me trae aromas de nardos y corderos.

Huelo a hierba - a lo de animal vivo que hay en ese olor -
huelo a sangre - a lo de rojo que hay en ese olor -
huelo a nogal - a lo que de mi padre hay en ese olor -.

Dime Fernando: cuando paseas por Belém
¿qué parte de la tarde te pertenece?

Dime: ¿cómo, en la mañana de Chiado
te acercabas a tu casa?

¿Elegías la senda en donde el sol resiste?

¿Por qué la cinta de tu sombrero
despide los arabescos de la malva?

Dime del tramo de tu acera a la estación
la línea de tu cuarto y de tu mesa.

Háblame de las farolas y las fuentes de Sintra.

Te he visto en la preciosa tarde
en que escogías tus nombres
tus cuatro nombres de seis sílabas.

Dime ¿por qué querías, en Ourique, estar solo?

¿Preferías ver la gente en Chiado

a contemplarla en la vieja ciudad quemada por el fuego?

He espiado tu cama y tu ropa.

El pequeño peine de marfil

donde quedaba la hierba de tu pelo revuelto.

(Lisboa)

Un marinero sajón vive aún entre la madera victoriana de su casa marítima. Es un hombre en el mar. Trabaja con dedicación femenina. Sobre su mesa oscura sostiene los alimentos del agua, el origen vegetal y cerámico de sus objetos diarios.

Entras en mi pueblo por el mar y te vas despidiendo los
trenes rumbo al norte, rumbo a la ciudad roja, a tu vidriosa
familia irlandesa.

Urszene

Un sueño. Una barca en el río Yun Shen. Un joven que se acerca desde el aire y la marea. Desaparece tras los paneles pintados de un tono negro

-profundísimo-.

Sobre los puentes del río un pájaro rojo espera la llegada del otoño. Bajo esos puentes, la muerte y su afilado perfil.

Nacimiento

Sucede entre los días y el verano.

Tienes en tu mano la finura de un príncipe novísimo. Un azul que veneran tus venas de malva caliente. Una forma, que bautiza el aire y lo que en él se agita.

Nunca olvides que los lirios florecen después del fuego.

Bombay

Deshaces con tus manos el sabor de las semillas que recoges. Eres una mujer y su ternura, una mujer y sus hijos.

Soy casada. Y recojo junto a mi esposo en el campo pequeñas legumbres rojas. Frutos diminutos del color de la noche. Estallo contra el cuerpo de mi amor tan diverso y oscuro como las ciudades. He dejado de ser salvaje.

Mi padre tradujo en Corea las palabras entre el agua de las mujeres pescadoras. Durante cuatro años revuelve los mercados buscando un regalo para su hija.

A Candelaria Brebbia

Vas de la mano de tu padre por los bosques primarios.
Él te mostrará dónde nace la flor primordial.

Como alguien se vuelve italianamente *amoroso* cuando un hijo muere desparejamente en la tarde.

Un pesado pez cargado de perlas,
bajo la luz verde del agua,
entre sus cosas diamantinas
él hace un surco en la marea
se abre paso contra las estrellas acuáticas.

El espacio del lobo es la luz que lo arranca. Es esa métrica prohibida, la del sueño y su maravilla. Pero lo *Más Feroz* y *La Pavura*, son los nombres del lobo. Cuando el lobo vive, todos sus bordes de aliento son gruesas continuaciones del almendro. Son el aliento de la temperatura de su víscera caliente y su ser. Remueve sus barcas a la noche en la parte espesa de la isla.

-En un candor peligroso y agraz, ¿qué haces sobre el
pespunte de la flama?

-Sólo transformo lo dorado en luz, imagino el lugar del
pavor.

-Por favor, vuelve en *llorado* el duelo por tu padre. Sé la
expansiva luz..! Ahora ...!

Ser cuidadosa con algo. Con cualquier cosa. No importa con qué. Sólo serlo.

El campo, y su enorme forma de mar. Creo en un animal nocturno, en la cría tibia de las pájaras. Yo vi el árbol de espinos en la agotada tarde, los animales alejados y su obligada soledad.

Un hombre joven muere cuando aún debía realizar tareas gentiles. ¿Sobre qué lado de su brazo decido apoyar la flor?

Nada.

Nada como un pez blanco y azul, un pez que regresa, un pez que se despierta en el agua. Ese joven se parece a lo preciso.

Para despertar el rubor de los lirios –esos lirios que ceden-
Para despertar la rosada lengua de los pájaros y la parte
más violenta de la voz. Confundes el árbol de espinos con
las cosas inocentes, los animales grandes –los dóciles, más
tarde- corren la cría de tus pasos. En tu imagen -sólo en
una parte de ella- se enciende ese perfil íntegro que apaga
la edad de las estrellas. No podrá el salvaje competir con tu
apariencia oscura, con la bruma y el oriente, con la orilla.
El gran y amado mar, el desierto y su calor, su invierno
nocturno. Las flores y su desigual aroma.



Éditions du cochon